

# ELECCIONES en la isla de la TORTUGA

Renán Villacís Cuesta\*

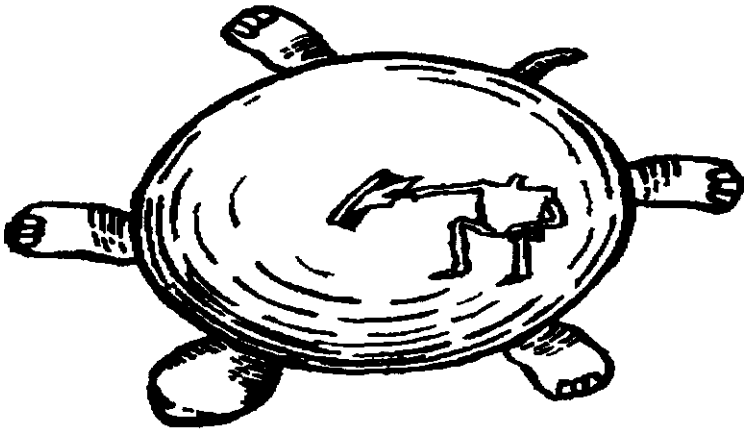
Era una típica tarde calurosa cuando aterrizamos en Puerto Príncipe. La buseta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), con el confort que proporciona el aire acondicionado, nos esperaba a una decena de observadores internacionales enviados por la OEA para presenciar los comicios de junio de 1995. Hacía pocos meses que Jean-Bertrand Aristide había regresado al poder, gracias a la amenaza de una invasión militar estadounidense, y la mirada de la comunidad internacional se centraba en las elecciones destinadas a renovar la totalidad de la Cámara Baja, dos tercios del Senado, así como designar a las nuevas autoridades municipales y comunales.

Ya en el Hotel Christopher, conocí a mi compañero de habitación, Fernando Medina, profesor de la Universidad del Cuzco,

quien había integrado la misión de la OEA para los derechos humanos durante los meses anteriores al golpe de estado del Coronel Raoul Cedras. Fue Fernando quien me proporcionó los primeros consejos sobre lo que debía hacer o evitar en Haití. Presté particular atención al relato de cómo habían sido evacuados por helicóptero después del golpe y la angustiada espera de un mes en un hotel de Santo Domingo mientras se desarrollaban los acontecimientos. Teníamos confianza de que, en esta ocasión, la presencia de 6.500 efectivos de las Naciones Unidas garantizaría la tranquilidad del proceso electoral.

Quienes habíamos llegado ese día, un primer contingente de los 300 observadores electorales de la OEA, nos dirigimos por la noche a comer en Pétion-Ville, un área resi-

(\*) Segundo Secretario del Servicio Exterior. Actualmente trabaja en Nueva York en la Organización de las Naciones Unidas (ONU).



dencial ubicada a 5 kilómetros de Puerto Príncipe. Allí se encuentran los restaurantes, los mini-mercados con productos importados y las mejores galerías de arte haitiano.

Al día siguiente nos dedicamos a obtener las vacunas indispensables contra la hepatitis, tétanos, tifoidea y meningitis en la base militar estadounidense. Adicionalmente, nos recordaron la importancia de tomar las píldoras anti-malaria. Después, fuimos al banco a cambiar nuestros dólares por gourdes, la moneda de Haití, aunque se nos instruyó que era preciso portar siempre US\$ 500 en el bolsillo, junto con el pasaporte, "en caso de que se realice una evacuación".

A lo largo de dos días adicionales asistimos a charlas sobre la estructura del sistema electoral haitiano, los objetivos de la Misión de Observación Electoral (MOE), las características socio-económicas del país, la logística de nuestro desplazamiento, el uso de ra-

dios, etc. Además, tuvimos un par de lecciones de créole, único idioma para el 87% de la población haitiana. Quienes eramos novatos en la observación electoral internacional nos sorprendimos al constatar que algunos de los observadores no sabían francés, lo cual les impedía comprender las instrucciones y constituía un óbice gravísimo para el cumplimiento de su misión.

Durante el receso de una de las clases de créole de supervivencia pudimos constatar un pequeño ejemplo de la brecha socio-económica entre los diferentes estratos de la sociedad haitiana: un grupo de niños mulatos de la élite capitalina, elegantemente vestidos, recibían su clase de tango.

Para entonces había llegado ya el último grupo de observadores que, a más de la OEA, habían sido enviados por la Unión Europea, el Japón y diversas ONGs de los EEUU. Pudimos fraternizar un poco más con

ocasión de los "tours" que organizamos a Puerto Príncipe, en donde compramos un poco de arte naif haitiano.

Finalmente llegó el día en que nos asignaron a una de las nueve "bases", correspondientes a las capitales de los nueve departamentos (provincias) de Haití y se nos entregaron las camisetas y gorras blancas y azules que nos identificaban como observadores electorales de la OEA. Fui designado a Puerto de la Paz, capital del Departamento del Noroeste, el departamento más pobre del país, una región políticamente volátil, en donde había ocurrido una masacre con centenares de muertes en los últimos años de la dictadura duvalierista. Como si eso fuera poco, era la región en donde se había reportado un brote de meningitis. Menos mal que mi grupo de seis estaba integrado en su mayoría por personas con quienes había podido establecer una cordial amistad durante la corta estadía en Puerto Príncipe. Nuestro destino se encontraba a 257 km al noroeste de la capital, por lo cual debimos partir temprano la mañana siguiente.

Las infaltables demoras por cuestiones administrativas y logísticas obligaron a que nuestro viaje recién se iniciara a las dos de la tarde. Después de cinco horas por la carretera Puerto Príncipe-Cabo Haitiano llegamos a Gonaïve. Allí nos hospedamos por la noche y pudimos conocer al equipo de cinco personas, casi todas de nacionalidad argentina y uruguaya, que integraban el grupo OEA-ONU para el monitoreo de los derechos humanos, aunque temporalmente se habían integrado a la MOE.

La mañana siguiente continuamos con

nuestro viaje a nuestra base. La ruta no era asfaltada y se encontraba en pésimo estado; difícilmente podíamos superar los 25 km/hr. Alrededor de las 2 de la tarde, llegamos a Puerto de la Paz, una pequeña ciudad de 17,607 habitantes, con calles polvorientas y acequias al aire libre. Con anterioridad a la intervención estadounidense, esta capital departamental había sido el principal puerto de salida para quienes estaban dispuestos a arriesgar su vida en atravesar el mar, con la esperanza de llegar a la Florida. Sus tiendas con productos importados dejaban traslucir que el contrabando jugaba un rol importante en la economía local.

El equipo de avanzada nos esperaba en el restaurante "Hotel Tropical" con un almuerzo y los materiales de instrucción para las charlas de la tarde. Por esas coincidencias de la vida, la jefa del grupo, Laura Gaylord, argentina, era hermana de una de mis compañeras en Johns Hopkins.

Esa tarde los recién llegados tuvimos reuniones con explicaciones detalladas de la situación política en el Departamento, así como la manera en que debíamos proceder a registrar los pormenores del evento electoral.

Había escuchado a Christéle, una simpática joven francesa, hablar acerca de la Isla de la Tortuga, denominada así por cuanto, a la distancia, sus montañas hacían que se asemeje a una tortuga. La isla había entrado a la historia por ser el escondite de los corsarios que tantos estragos causaron a los buques españoles en la época colonial. Tuve suerte al lograr que Christéle acepte mi petición de que me permita acompañarle.

Para nuestro alojamiento en Puerto de la Paz, se había arrendado una villa privada que disponía de una cisterna con agua y, gracias a un pequeño generador, tres horas de luz cada noche. Tener electricidad era de por sí un lujo en Puerto Príncipe; en provincia era algo extraordinario y nos sentimos sumamente afortunados.

Esa noche merendamos en un pequeño restaurante donde comían los Boinas Verdes, es decir, el destacamento de una treintena de militares de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Se podía escoger entre pollo, chivo y pescado, pero la verdadera delicia era la cerveza helada, posible gracias a la infraestructura del contingente militar estadounidense. Quienes paulatinamente habíamos olvidado lo que era beber algo frío disfrutamos plenamente de las cervezas "Heineken" y "Presidente", esta última de origen dominicano.

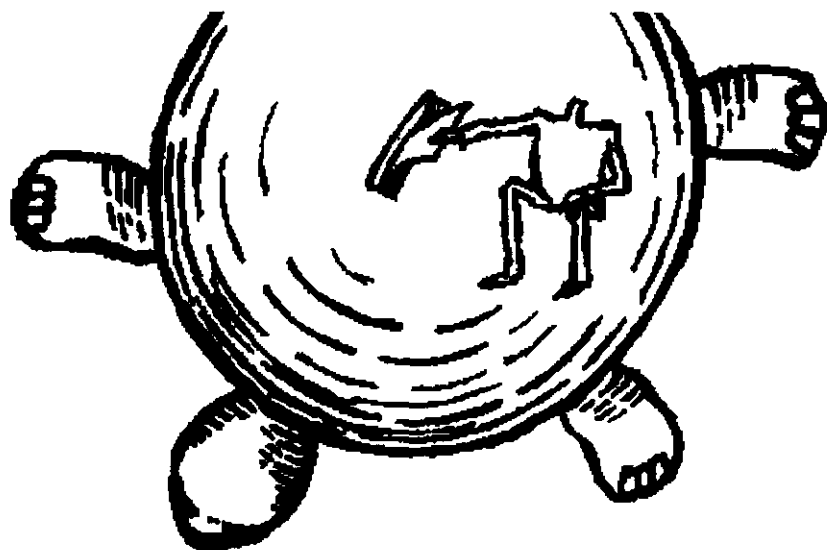
De vuelta a nuestra villa nos encontramos nuevamente con el mismo problema que tuvimos durante nuestra primera noche fuera de Puerto Príncipe: el calor nos impedía dormir. Bañarse no era más que un remedio efímero; a los pocos minutos nuevamente estábamos empapados en sudor. La necesidad de ponerse repelente de insectos solo incrementaba el calor de la piel. Las ventanas de mi cuarto no tenían malla, de tal suerte que o se abría la puerta para que entre un poco de aire (junto con polvo, ruido y los mosquitos potencialmente portadores de la malaria) o nos asfixiábamos. Fue una noche larga durante la cual nos fue imposible dormir más de cuatro horas.

La mañana siguiente Christélle me

acompañó a comprar las vituallas indispensables para los cuatro días que pasaríamos en la isla. Cuatro galones de agua purificada, junto con varias latas de embutidos y paquetes de galletas constituyeron mi reserva alimenticia. Adicionalmente, llevé un par de jeans y camisetas, linterna con pilas, fósforos, toalla y jabón. No era posible llevar mucho equipaje pues resultaba muy probable que nos veamos obligados a caminar tres kilómetros de subida hasta la aldea principal. Durante la visita de reconocimiento efectuada por Christélle unos días atrás, no había logrado que uno de los tres vehículos existentes en la isla le garantizaran nuestro transporte. A ello era preciso agregar la incertidumbre respecto a nuestro alojamiento. La única esperanza era que el sacerdote de la isla nos facilitará un cuarto. A falta de ello nos veríamos precisados a dormir "sous les étoiles", por lo cual llevamos dos literas pertenecientes a los Boinas Verdes.

Con excepción de dos personas, quienes se quedaron en la base para coordinar la observación a través de los radios Motorola, los 20 restantes compañeros con base en Puerto de la Paz habían partido esa mañana a sus respectivos sitios de observación, en jeeps 4x4. Durante la tarde escuchábamos por la radio cómo se habían quedado atascados en lodazales.

El sábado nos pusimos las camisetas de fondo blanco con la inscripciones azules de "OEA elections-eleksyon". Al llegar al punto de encuentro a las 9h00 recibimos una grata sorpresa. En lugar de alquilar un barco particular para llegar a la isla, los Boinas Verdes nos iban a transportar en un vistoso bo-



te inflable anaranjado que les había llegado la tarde anterior. Un oficial canadiense y un policía francés llevaron a "Chief", oficial al mando del destacamento de los Boinas Verdes; Mike, su ayudante; Christélie y yo a la isla. Desembarcamos luego de un viaje de 20 minutos a través del canal.

El agua se veía cristalina y la arena era casi blanca. A lo largo de la costa se veían embarcaciones en diferentes fases de construcción. Aparentemente, muchas de las pequeñas naves artesanales de la isla se dedicaban al contrabando y al narcotráfico.

Chief me preguntó cuál era mi nombre, ante lo cual, para obviar las dificultades inherentes a la pronunciación de "Renán", le dije que simplemente me llame "Ed". Era mi segundo alias ya que, para las comunicacio-

nes radiales, también era conocido como "Quebec 85".

Al cabo de pocos minutos llegó una camioneta que nos llevó a la aldea central. La isla, conocida por la gente de la región simplemente como "La Tortue", tiene una superficie de 193 km cuadrados y una población de 25 mil habitantes. La vegetación es más frondosa que en Puerto de la Paz y las montañas permiten que el calor sea más tolerable. No se ven las acequias con aguas servidas ni los montones de basura acumulados por doquier como en la capital del país y del departamento.

Tuvimos suerte con el alojamiento pues el "père Maurice", el único habitante blanco de La Tortuga, aceptó alojar al grupo. Según me contaría después Christélie, cuya nacio-

nalidad francesa ciertamente facilitó la negociación, no le había indicado al padre que nos acompañaban dos Boinas Verdes. A manera de regalo le habíamos llevado 20 galones de diesel para los generadores de la Iglesia. A cambio recibimos dos cuartos con dos camas y un baño con un reservorio de agua lluvia. Para nosotros, ello era de por sí una verdadera lotería.

Durante nuestro primer día en La Tortuga, acompañamos a los funcionarios electorales mientras repartían el material electoral. Aprovechamos el viaje en camioneta para tomar nota del tiempo aproximado entre cada lugar de votación y para cerciorarnos de que el material llegue completo y sellado. Preguntábamos a los Presidentes de los respectivos puestos de votación si el entrenamiento recibido era adecuado, si hubo suficiente difusión del acto electoral, si todos pudieron obtener su carta electoral, etc. En total, recorrimos una veintena de puestos, tanto al occidente como al oriente de la isla.

A nuestro paso se acercaban los niños para darnos sonrisas y saludos. Las palabras más comunes eran "hallo", "blancs" y "americains", aunque Christélle no perdía oportunidad para hacer notar que ella era francesa. Yo fui en la paila de la camioneta, junto con el material electoral, los empleados del organismo electoral en la isla y unos cuantos curiosos que aprovechaban cualquier parada para un paseo gratuito. Pese al tumulto y la polvareda roja, el viaje había sido muy fructífero, pues no solo que nos permitió constatar la entrega del material electoral, sino también preparar un itinerario para nuestra observación del domingo 25 de

junio.

Las impresiones iniciales de la isla eran positivas. La aldea principal consistía en unas treinta casas ubicadas alrededor de la Iglesia y a lo largo de un camino vecinal. La vida de sus pobladores era sencilla y un mundo aparte de los patrones de consumo occidentales. Haití tiene un promedio de ingreso per capita de US\$ 250 anuales, pero en las áreas rurales, como La Tortuga, éste alcanza apenas a US\$ 100.

La actitud de la gente fue en todo momento abierta y gentil. Lingüísticamente no tuvimos inconveniente alguno. Mis cuatro años de estudio en la Alianza Francesa de Cuenca resultaron sumamente útiles. La mayoría de los encargados del evento electoral hablaban francés y en los casos en que era preciso recurrir al créole teníamos los conocimientos de Christélle, quien lo había podido aprender durante los seis meses anteriores en que se dedicaba a supervisar la situación de los derechos humanos para la ONU.

Chief y Mike habían hecho su propio recorrido por la isla, pero en compañía del capitán y efectivos de la recientemente creada Policía haitiana, cuyos ocho representantes en la isla estaban provistos de armas ligeras. Suponíamos que el objetivo de la gira de los Boinas Verdes, armados con M-16, consistía en hacer conocer a todos de su presencia, la que garantizaba el proceso y servía de disuasión para cualquiera que pudiese querer interrumpir la jornada electoral.

Esa noche conversamos sobre los sucesos del día y nos enteramos, vía radio, que no se habían producido novedades en el resto del Departamento.

La mañana siguiente madrugamos a las 5h30 para desayunar galletas con agua antes de comenzar nuestras labores de observación. A nivel nacional, el proceso electoral estaba dirigido por el "Conseil Electoral Provisoire" (CEP). En cada uno de los Departamentos había un "Bureau Electoral Departemental" (BED) y en cada comuna un "Bureau Electorale Communale" (BEC). Este último era el encargado de distribuir el material electoral a cada uno de los "Bureaux d'Inscriptions et Votes" (BIV), equivalentes a nuestras mesas electorales.

Según la Ley Electoral, el sufragio debía iniciarse a las 6h00. Cuando Christéle y yo llegamos al BEC no había nadie. El Presidente apareció a las 6h15, pero recién a las 6h45 se hicieron presentes los demás integrantes y fue posible instalar la mesa del BIV. Ello me recordó las experiencias similares que había tenido al integrar una mesa electoral en la Escuela Carlos Crespi de Cuenca. Pese a las obvias diferencias, la "hora ecuatoriana" también era respetada en Haití.

Nuestro mandato como observadores consistía en tomar nota de la manera en que los haitianos llevaban adelante el proceso electoral. Debíamos constatar si se exigía a los votantes la carta electoral, si se les daba el número adecuado de papeletas, si la votación en sí era secreta, si no había propaganda electoral en el recinto, si existía imparcialidad en los integrantes de la mesa, si estaban presentes los representantes de los diferentes partidos, etc. Nos estaba vedado intervenir de cualquier forma, no podíamos sugerir cambios ni llamar la atención. Simplemente teníamos que tomar nota de cual-

quier contravención a la Ley Electoral para reportarlo a nuestros superiores. Si bien el 90% de los 15 millones de dólares que costaban las elecciones y la parte logística corrían a cargo de la comunidad internacional, el acto electoral en sí estaba completamente en manos de las autoridades haitianas.

En un país con una tasa de analfabetismo del 74%, había sido ineluctable simplificar el acto electoral al máximo. Cada BIV había recibido varias urnas de cartón, que debían sellarse con calcomanías. Cada urna debía tener una calcomanía con el color que correspondía a la papeleta de votación respectiva (verde para senador, café para diputado, etc). Las papeletas tenían la fotografía del candidato principal de cada lista, así como el logotipo de cada partido.

Al carecer de un sistema de cédulas de identidad, las autoridades electorales habían convocado a los electores, con varias semanas de antelación, a que se inscriban en los BIV con el fin de obtener una carta electoral. Para sufragar, bastaba con que la persona presente su carta electoral y que conste en la lista de 400 electores que tenía cada BIV. La principal denuncia de la oposición consistía en afirmar que los simpatizantes del gobierno se habían inscrito en diversos BIV con el fin de multiplicar los votos a favor de Lavallas, el partido de gobierno. Para evitar un posible fraude, se había previsto que al depositar su voto cada elector debía sumergir su pulgar derecho en tinta indeleble. Adicionalmente, se debía perforar su carta electoral.

Hablamos alquilado nuevamente una camioneta, aunque el pago era en especie:

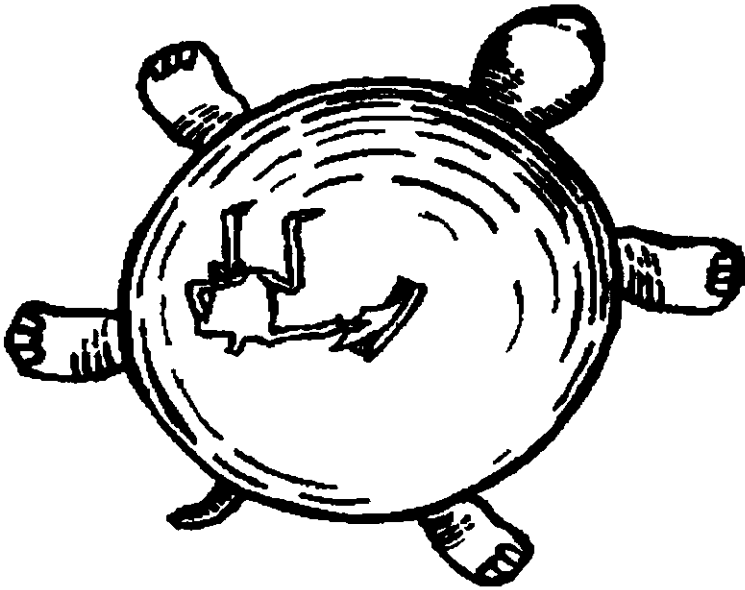
10 galones de diesel. En un lugar como La Tortuga el dinero servía muy poco. Hicimos un recorrido similar al del día anterior, aunque visitamos menos puestos de votación, pues era preciso tomar nota de las circunstancias particulares de cada BIV.

Conforme pasaban las horas nos enteramos de que a nuestros colegas en el Departamento nos les iba bien. Habían varios BIV que simplemente no se habían instalado por problemas con las papeletas de votación. En unos casos no constaban todos los candidatos inscritos y en otros se habían recibido papeletas con candidatos de otras circunscripciones. Ante ello el BED había ordenado que

se suspendan las elecciones en determinados sitios, provocando así la ira de quienes se sentían perjudicados por dichas medidas. Uno de los carros de nuestros colegas había sido apedreado y el BEC incendiado. Afortunadamente, la jornada electoral en La Tortuga había transcurrido de manera bastante tranquila.

Al caer la noche, regresamos con Christèle al primer BIV que habíamos visitado con el fin de constatar la manera en que se procedía al escrutinio. La votación debía concluir a las 18h00 y había que aprovechar la luz del día para el conteo de votos.

Chief y Mike nos comunicaron que re-





gresaban a Puerto de la Paz ya que, aparentemente, su presencia en la isla no era indispensable y existía la posibilidad de que los requieran "en otro lugar". Ello nos preocupó, ya que quizá era indicio de problemas mayores.

Al agotarse las pilas de nuestra linterna, el conteo continuó con un par de velas. Pasada la media noche, cuando el cansancio y el sueño había consumido el ánimo de casi todos los integrantes de la mesa electoral, se dio fin al escrutinio.

Regresamos a dormir agotados luego de una intensa jornada de observación que había durado 19 horas. Afortunadamente, no habíamos tenido mayores inconvenientes, aunque todavía no se tenía información sobre los escrutinios en los demás BIV de la isla. Con la partida de nuestros acompañantes estadounidenses, éramos los únicos representantes de la comunidad internacional en La Tortuga. Para garantizar el orden quedaban los ocho policías haitianos, aunque su efectividad era mínima. Siempre existía la posibilidad de acudir a las radios para pedir auxilio, pero ello implicaba una larga espera hasta que lleguen los refuerzos. Nuestra verdadera protección eran las camisetas y gorros de la OEA.

La mañana del lunes retornamos al BEC para verificar el arribo de las actas y los votos pertenecientes a las demás circunscripciones de La Tortuga. El proceso fue lento pero, paulatinamente, pudimos recopilar la información para transmitir los totales a nuestra base en Puerto de la Paz. En el BEC había mucho movimiento y el local resultó estrecho pues llegaban las urnas con las pa-

peletas acompañadas por representantes de los distintos partidos y sobre todo de curiosos. La fatiga le iba afectando a Christéle, quien se molestaba con las infaltables preguntas de "¿Eres casada? ¿Tienes enamorado?" que le hacían todos a quienes era presentada. Para empeorar el asunto, se sintió enferma al caer la tarde.

Esa noche tuvimos ya todos los datos globales para transmitir a la base. A más de los resultados, a la Misión de Observación Electoral le interesaba conocer el porcentaje de participación y de papeletas anuladas. Nos alegró saber que hasta entonces no se habían producido muertes ni heridos.

Nos sorprendió la visita del padre Maurice con quien intercambiamos criterios sobre el proceso democrático. Resultó particularmente interesante escuchar sus apreciaciones sobre las costumbres locales y lo difícil que resultaba aplicar estándares occidentales a la población. No disimuló su preferencia por una mayor influencia francesa, en lugar de la estadounidense. Obviamente había esperado la partida de los Boinas Verdes para acercarse a conversar.

Como Christéle se sentía enferma, tuve que incumplir la orden de estar siempre juntos, ya que debía ir al BEC para auscultar cómo avanzaba el escrutinio. Resultaba imprescindible cerciorarse de que todo esté listo para el medio día siguiente en que arribaría el helicóptero.

La mañana del martes la dedicamos a coordinar el traslado de las urnas a la pista de fútbol en donde aterrizaría el helicóptero. Chief me había dejado una bomba de humo para señalar el lugar preciso de aterrizaje.

Sin embargo, de manera sorpresiva llegó Chief, junto con Mike, cerca del medio día. Supongo que no se quiso correr ningún riesgo con el traslado de las urnas y se consideró que la presencia de los militares estadounidenses garantizaba que el proceso culmine exitosamente.

Luego de despedirnos de las autoridades del BEC, quienes nos agradecieron por la ayuda y formularon votos para que regresemos con ocasión de los comicios presidenciales, abordamos el helicóptero para el retorno a Puerto de la Paz.

Esa noche celebramos con los demás observadores la culminación exitosa de nuestra misión en el Departamento. Podíamos retornar a nuestros lugares de residencia con la satisfacción de haber hecho una pequeña contribución al afianzamiento de la democracia en un país que había sido privado de ella durante casi 191 años.

En días subsiguientes, diversas organizaciones y partidos políticos criticaron fuertemente al proceso electoral. Diecisiete BIV habían sido incendiados, siete comunas debie-

ron posponer la votación para una fecha futura y dos candidatos habían sido asesinados. El propio Presidente Aristide admitió que el proceso electoral adoleció de ciertas irregularidades y de grandes problemas administrativos. Sin embargo, la mayor parte de personas comparten el criterio de que las elecciones del 25 de junio de 1995 constituyeron las elecciones más libres y menos violentas en la triste historia del pueblo haitiano.

De tres millones y medio de personas inscritas para votar en todo Haití, alrededor del 50% consignó su voto. La mayor parte de dichas personas tuvieron que caminar muchos kilómetros y esperar en fila largo tiempo, bajo un sol sofocante, para ejercer su derecho al sufragio, pero estaban dispuestas a hacer el sacrificio por un futuro mejor.

En una época en que se escuchan severas críticas a las labores de los organismos internacionales, es preciso señalar los importantes aportes a los procesos de democratización como el efectuado por la comunidad internacional en Haití.

